

JOSÉ EDUARDO AGUALUSA

EL MAESTRO DE LOS TAMBORES

Traducción de Claudia Solans



Si pones las manos frente a un altoparlante cuando salen sonidos graves y pesados, vas a sentir algo en ellas. Eso es la frecuencia. Es una manifestación física de la frecuencia, una energía que sale de ahí, que no puedes ver, pero que sientes en tus manos. Las frecuencias provenientes de las culturas vudú haitianas manejan patrones rítmicos específicos, cánticos específicos, por eso ya son una especie de sonido precodificado. [...] El sonido se manifiesta en la realidad física. El sonido que estoy creando aquí es también el que estás sintiendo. [...] Cuando entras en una iglesia o en un templo, la frecuencia todavía está ahí, hay una reminiscencia de ella en el espacio, y allí permanece. No puedes librarte de eso completamente. Pasa a formar parte de la textura de ese espacio.

Val Jeanty, compositora y DJ haitiana, en el film
The United States of Hoodoo, de Oliver Hardt

Primer capítulo

1

Primero vieron el ave, tendida como un error magnífico, en el barro rojo. Las plumas, muy verdes, relucían en el silencio húmedo de aquella mañana de enero de 1902. Uno de los soldados, Nande, un cuanhama* alto, sólido como un baobab, se arrodilló junto al turaco**:

—No tiene ninguna herida, mi alférez...

Luis Gomes Mambo se acercó al soldado, curioso:

—¿Entonces murió por enfermedad?

El joven sacudió los hombros, con mudo espanto. Algunos metros adelante encontraron más aves muertas. Después, una pequeña gacela. La montaña Halavala despuntaba encima de la niebla, como una isla flotante, cuando divisaron un campamento militar en una curva del camino. Era, tenía que ser, el pelotón del sargento Pedro Amado. El alférez Luis Mambo había recibido instrucciones para reunirse con el sargento ahí mismo, a unos diez kilómetros de la mítica montaña. Después marcharían todos juntos, los madeirenses y los bóeres de Pedro Amado, y los landines, cuamatos, cuanhamas y damaras del cabindense Luis

* Natural del municipio de la provincia de Cunene, en Angola. (N. de la T.)

** Nombre vulgar de aves de la familia de los musofágidos, endémica de África. (N. de la T.)

Mambo, hasta las tierras de un comerciante portugués, Silvestre Souto da Mata, de sobrenombre “el Pasmado”, cuyos comercios habían sido atacados y saqueados por guerreros de Mutu-ya-Kevela, el rey de Bailundo.

Luis Mambo se enderezó. Era un poco más bajo que Nande, y casi de la misma edad, pero caminaba siempre tan aplomado que parecía más alto, y siempre tan ensimismado que todos lo creían mucho más viejo. El alférez intuyó la tragedia incluso antes de divisar los primeros cuerpos:

—El silencio se me metió en los nervios —explicó al teniente Jan Pinto tres meses más tarde—. No se oía ni el zumbido de un insecto, el piar de un pájaro. Era muy temprano de mañana, y el aire estaba frío y pesado como un difunto. Me gusta despertarme de madrugada en el altiplano y meterme en la selva para escuchar a los pájaros. Parece que el universo está naciendo frente a nosotros. Usted sabe a qué me refiero. Aquella mañana sentí lo contrario.

Habían encontrado veinticinco cadáveres. La mayor parte no presentaba ningún corte de hoja blanca, agujero de bala, hematoma o contusión. Algunos soldados estaban acostados en posición fetal, con los ojos abiertos y el rostro congelado en una expresión de infinita tristeza. Uno de ellos había cavado un agujero y había enterrado la cabeza. Cuatro se habían disparado al corazón. Dos se habían cortado las muñecas. El sargento Pedro Amado había sujetado el fusil entre dos piedras y después se había dejado caer sobre el lado filoso de la bayoneta.

Incapaz de comprender lo que había sucedido, Luis Gomes Mambo fue de cuerpo en cuerpo intentando controlar la ansiedad y el terror, y forzándose a estudiarlos.

¿Quién iba a creer aquello?

Entonces, se le ocurrió fotografiar los cadáveres. Se dirigió al carro bóer, tirado por tres yuntas de bueyes, y del interior de su maleta de campaña retiró la máquina fotográfica, una Kodak Pocket que había ganado dos años antes, en Luanda, a consecuencia de una extraña apuesta con un viajante inglés. La cámara, cuadrada, forrada en cuero rojo, era de manejo muy fácil: “¡Un auténtico revólver fotográfico!”, había definido el inglés, y tenía razón. Luis Mambo hizo una docena de disparos frente a la mirada atónita de sus soldados, y después volvió a guardarla.

2

El teniente Jan Pinto examinó una a una las fotografías, atravesado por un poderoso torrente de emociones: miedo, angustia, una inmensa curiosidad. Finalmente, con los dedos temblorosos, devolvió las cartulinas al general João Crisóstomo, ministro de Guerra, quien las guardó en un gran sobre que escondió en el cajón de su escritorio mientras clavaba en el joven unos ojos feroces y burlones:

—¿Lo asusté, teniente?

El joven teniente se enderezó:

—Nunca había visto nada así, excelencia. ¿Quién tomó esas fotografías?

—¡¿Nunca había visto un muerto?!

Jan Pinto se ruborizó. La tarde anterior, un ayudante de campo del ministro de Guerra había interrumpido su clase de esgrima para entregarle un breve mensaje: “Venga mañana de mañana a mi despacho”. Firmaba el mensaje —un simple papel doblado en cuatro, sin lacre ni timbre— el general João Crisóstomo, ministro de Guerra. El joven apenas había dormido, nervioso, incapaz de comprender el interés del ministro por alguien como él. No, nunca había visto de frente a un muerto. Tampoco había participado nunca en ninguna acción militar.

—Dígame lo que ve en estas fotografías. —La voz del ministro de Guerra había cambiado hacia un tono un poco más agradable. Los ojos, de un azul metálico, ya no se fijaban en el teniente con burla, sino con aguda curiosidad—. ¿Qué es lo que más lo impresiona?

—La expresión en el rostro de los muertos —murmuró Jan Pinto—. Esa horrible tristeza...

El general João Crisóstomo se levantó:

—¿Sabe lo que yo veo? Veo veinticinco soldados blancos, todos muertos. Muertos de forma inexplicable. La mayor parte no tenía ninguna herida en el cuerpo.

—¿Ninguna herida?!

—No tiene sentido, lo sé, pero es como le estoy diciendo. ¡Ninguna herida! Y creemos que los otros, los que presentaban heridas, se suicidaron.

(En esa época, en Angola, las tropas coloniales recurrían a compañías de soldados europeos, que incluían no solo portugueses, sino también bóeres. Estaban además las compañías de soldados negros, provenientes no solo de diversas regiones de Angola, sino también de Mozambique y hasta de Guinea-Bissau. Las compañías africanas fueron fundamentales en el combate contra varios reinos locales. En plena elaboración del llamado darwinismo social, es interesante notar que muchos intelectuales portugueses, aunque imbuidos del espíritu racista de su tiempo, reconocían el valor de los soldados africanos. Se leía lo que escribió Sebastião José Pereira, en *Cuarenta y cinco días en Angola. Apuntes de viaje*, publicado en 1862: “La superioridad del soldado negro sobre el blanco se vuelve muy notable cada vez que hay alguna marcha hacia el interior: los blancos son los primeros que se cansan, los que más sufren la falta de agua, y cuando llegan a algún punto

en donde la selva los obliga a parar, son siempre los cazadores de búfalos los que pasan al frente para abrirles camino”).

João Crisóstomo había rodeado el escritorio y ahora estaba delante del joven oficial. El muchacho también se había levantado, confuso y turbado, mirando nerviosamente la punta de sus zapatos. El general lo evaluó en silencio, mientras atusaba una y otra vez su larga perilla blanca.

—Me dijeron que usted, teniente, habla la lengua de los bailundos.

—Sí, y también comprendo la lengua de Luanda, el quimbundo.

—Muy bien, muy bien. Supe que estudió en París.

—Sí, señor, Antropología.

—Antropología... Eso mismo. Me dijeron que hace algunos meses dio un discurso en la Sociedad de Geografía de Lisboa. Algo que ver con la filosofía de los negros, según comprendí.

—Sobre la historia del Reino de Bailundo, sí, y el pensamiento...

El general hizo un gesto seco, enfadado, como si intentara espantar a un mosquito alojado en el espíritu. El teniente comprendió de inmediato. El mosquito era una idea. La misma que él se había atrevido a defender en la Sociedad de Geografía. El teniente Jan Pinto entendía que para colonizar mejor el África, los portugueses debían esforzarse por comprender las lenguas y costumbres de los africanos. Otros ilustres colonialistas habían defendido lo mismo antes que él. El joven, sin embargo, iba mucho más allá. Creía que el estudio de la historia de los pueblos indígenas y de su pensamiento podría ayudar a la humanidad entera en su camino hacia el progreso y la civilización.